

Seoane le ha hecho un estupendo y sensacional reportaje a nuestro Gran Vecino. Y nos ha dado una impresión fuerte y viva de lo que hay allí en espíritu y en acción,

LA TRÁGICA EXISTENCIA DE VÍCTOR HUGO.

Con esa amenidad que caracterizaba a su padre, el novelista Alfonso Daudet, su hijo León Daudet, nos cuenta la vida azarosa de Víctor Hugo. De ese Víctor Hugo que era hermoso como un semidiós, adorado por las mujeres más bonitas de París y aureolado por la gloria con sus luces más esplendentes, pero profundamente desgraciado en la intimidad de su hogar y a lo largo de toda su vida.

Sin embargo, Hugo había alcanzado todo lo que ambicionó. Sus libros, que eran recibidos ávidamente por el público, le daban todo el dinero que deseaba. Fué además académico y Luis Felipe le concedió la dignidad de Par, dándole un título nobiliario. Más tarde, a la caída de Napoleón III, a raíz de la derrota de Francia en 1870, sus amigos y partidarios lo hicieron senador de la República. Un senador que no se preocupó de atender las exigencias de sus electores, aparte de uno que otro discurso que leyó en el Senado. Pero eso no era lo que en la vida de un hombre como Hugo hacía la verdadera felicidad. Sin desdeñar los honores ni los halagos de la gloria, vivía pendiente de las preocupaciones amorosas. Hoy era la corista de un teatro, mañana una muchacha que encontraba en la calle y a las cuales el grande hombre gustaba de preguntarles si había oído nombrar a Víctor Hugo, el autor de Hernani. Y casi siempre la respuesta era negativa. ¡Era aquel un oficio que no dejaba tiempo para leer!

Algunos de los amores de Hugo dieron ocasión a los más terribles escándalos. Pero aparte de la experiencia que sacaba, como material para sus novelas, estas aventuras jaban huellas muy hondas en su sensibilidad de impulsivo y pa-

sional. La única mujer que lo coge y lo retiene a su lado, durante toda su vida, es Juliete Druet, a la cual conoce cuando ésta servía de modelo a pintores y escultores de gran fama en esa época. El cuerpo maravilloso de Juliete, provoca en Hugo un permanente arretrato de sensualidad durante los años de su vigorosa y espléndida juventud. Tal vez de este modo logra disimular un poco el dolor y la vergüenza que le causa comprobar que su mujer, Adela Foucher, tiene amores con su amigo Sainte-Beuve. Este mismo, queriendo herirlo hasta lo más íntimo, le envía un día un paquete de cartas que Adela ha dirigido a su amante, Hugo reniega de aquel canalla que, aun allá en su destierro de la isla de Guernesey, se vale de tan ruines medios para herirlo, cuando él no lo puede castigar. Y entonces va a llorar, como un león impotente, en el regazo de su Juliete, que sabe consolar a su Totó, como ella llama al autor de «Los Miserables».

León Daudet, a veces con tremenda crudeza, cuenta todas las intimidades del grande hombre. ¡Y con qué fuerza y apasionante gracia! Hay una visita de Alejandro Dumas que es un prodigio de evocación. Vemos llegar a aquel hombre gordo, que ríe, habla y come por un regimiento. Llena la casa de los Hugo con su alegría de niño y su gran cariño por todos ellos. Y entre todas estas cosas que la vida hace desfilan, van sucediéndose las desgracias. La hija que se muere cuando recién acaba de casarse, la otra que sueña con el amor de un joven teniente de la marina inglesa y sale huyendo tras de él. Cuando la encuentran está loca. Es Adela, la hija de Hugo, cuya paternidad los maldicientes achacaban a Sainte-Beuve.

Vemos desfilan por estas páginas las figuras de Flaubert, Alfonso Daudet, Catulle Mendes, Ernesto Renan, Edmundo Goncourt, etc. O sea lo más brillante de la intelectualidad de la Francia de fines del siglo pasado.

Hernán del Solar ha hecho para Ercilla, que es la casa editora que ha publicado este libro, una excelente traducción.